

Caylus



DIEGO DE MORA
(Granada, 1658 – 1729)

Cristo sobre la piedra fría

Circa 1700-1720

Madera de pino tallada y policromada, ojos de pasta vítrea, cordón natural encolado
26 × 14 × 12.5 cm

PROCEDENCIA:

Colección particular, Reims

Emmanuele Soubielle Works of Art, Paris

BIBLIOGRAFÍA:

DÍAZ GÓMEZ, J.A. “De Cano, Mora, Risueño y Sarabia: piezas inéditas del barroco granadino” en *Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada*. Núm. 54, 2023, pp. 115-133.

Con la maestría escultórica en los genes -nieto del retablista Cecilio López, sobrino nieto de Alonso de Mena, hijo del escultor y arquitecto Bernardo de Mora, sobrino de Pedro de Mena y hermano de José de Mora- Diego nació predestinado para este oficio. Su formación transcurrió desde muy temprana edad en el taller familiar, convertido en el gran referente artístico de la plástica granadina, especialmente tras la marcha de Mena a Málaga (1658) y la muerte de Cano (1667). Diego Antonio de Mora López sigue los estilemas del taller -con fuerte impronta del racionero, Pedro de Mena y de su hermano mayor- que defiende con destreza y acierto dotándolos de un matiz más amable, más idealizado y menos cruento, en sintonía con el propio discurrir del pleno barroco. En 1682, contrae matrimonio en secreto -por miedo a la oposición familiar- con Ana de Soto, quien fuera ama de llaves de la casa de su padre. Adoptaron una niña, Francisca Ruiz Velázquez, hija biológica de unos amigos fallecidos. A la muerte del patriarca y con tan solo 26 años, Diego heredó el taller de su padre -que a su vez había asumido éste de su primo Pedro de Mena- junto a su hermano Bernardo. Llegó a contar con 22 aprendices, lo que nos da una idea de su prestigio y reconocimiento en vida, así como de la enorme difusión de los modelos del obrador, que se convirtieron en auténticos iconos devocionales en Granada y sus alrededores. Si bien tuvo la fortuna de nacer en una saga artística de renombre, su figura, como suele ocurrir en estos casos, se ha visto ensombrecida por la genialidad de su hermano, José de Mora, gran imaginero del barroco granadino y escultor de cámara del rey Carlos II.

A pesar de la ausencia de una fuente documental concreta que narre este pasaje de la *Pasión de Cristo*, se conocen desde el siglo XV grabados y pinturas con la temática de *Cristo sobre la piedra fría*, pero, fue en el ámbito de las representaciones escultóricas, donde esta iconografía- de origen flamenco y escaso arraigo en nuestro país- se desarrolla con mayor asiduidad. Momento profundamente conmovedor, definido por Emil Male como “Cristo

sentado esperando la muerte” este pasaje está extraído de los preámbulos de la Crucifixión. Es frecuente su confusión, por su aparente semejanza, con temas como el *Ecce Homo*, apelativo que se reserva para la imagen de Jesucristo como la presentó Pilatos al pueblo en el pretorio -en la que figura erguido y con manto rojo sobre sus hombros- o con *Cristo, Varón de Dolores*, que representa un momento posterior a la Resurrección, portando igualmente el manto sobre sus hombros y mostrando con claridad la llaga abierta del costado derecho. Siendo rigurosos, *Cristo sobre la piedra fría*, está sentado, no tiene manto ni tiene heridas, salvo las anteriores a su llegada al Calvario.

De potente fuerza expresiva, Cristo se presenta en profunda soledad y completamente abatido, a la espera del momento culminante de su Pasión, la muerte en el Gólgota. Sentado sobre la piedra fría, hábilmente resuelta como un conglomerado rocoso colorido, su rostro sumido en sus pensamientos y su cuerpo en tensión. Desnudo, salvo por un escueto paño de pureza que hace gala de la plasticidad de sus pliegues, nos permite ver una poderosa y cuidada anatomía en ligero *contraposto*. Con expresión de intensa tristeza contenida pero llena de nobleza y dignidad, Jesucristo figura maniatado por una soga natural que anuda también su cuello. Con grandes ojos hundidos bajo marcados arcos superciliares, nariz perfilada, entrecejo fruncido y pómulos prominentes, muestra un rostro enjuto y ensangrentado que recoge el modelo de los Mora. Se manifiesta ante nosotros con las huellas de los padecimientos de la flagelación, en forma de moratones y regueros de sangre que recorren su rostro, torso y extremidades. Los brotes de sangre que caen sobre su frente, mejilla y sien, sugieren la presencia de una corona de espinas no conservada. Igualmente, unos pequeños orificios en la piedra parecen indicar la colocación de algún otro atributo, bien un cesto con martillos y clavos, bien una calavera, que desgraciadamente, tampoco han llegado hasta nosotros. De gran hondura espiritual y enorme belleza formal, resulta un brillante ejemplo de la gubia del menor de la saga de los Mora, que debe ocupar el lugar que merece en el escalafón imaginero.